

Visiones y revisiones

Populismo y cultura política en la América Andina

Visions and revisions

Populism and political culture in andean America

RESUMEN

Una dilatada doctrina particularista del derecho y una tradición popular de autoritarismo bien enraizado en la población dificultan, en el área andina, el surgimiento de una concepción moderna y democrática de las actividades políticas y del derecho. A ello contribuyen también la destrucción del tejido social tradicional, las expectativas de progreso individual –que generalmente no pueden ser satisfechas–, la debilidad de las instituciones y la democratización incompleta. Otro factor importante es una extendida desilusión ocasionada por el modelo liberal-democrático vigente hasta hace pocos años. El resultado es un populismo autoritario.

Palabras clave: autoritarismo, códigos paralelos, desilusión colectiva, legalidad, populismo, tradiciones culturales.

ABSTRACT

A wide-spread particularistic doctrine of law and a popular and deeply rooted tradition of authoritarianism make it difficult for a modern, democratic concept of involvement in politics and law to emerge in the Andean region. Likewise contributing to that are the destruction of the traditional social fabric, expectations of individual advancement—which generally cannot be met—the frailty of institutions and uncompleted democratization. Another major factor is wide-spread disillusionment with the liberal-democratic model prevailing up until a few years ago. The result is authoritarian populism.

Key words: authoritarianism, collective disillusionment, dual codes, legality, populism, cultural traditions.

119

*Vicepresidente de la Academia de Ciencias de Bolivia. hcf_mansilla@yahoo.com

PRELIMINARES

Los llamados regímenes populistas de la actualidad latinoamericana constituyen fenómenos de una gran visibilidad en los medios masivos de comunicación y de una indudable legitimidad política manifestada por numerosos procesos electorales, algunos de ellos de corte plebiscitario. Paralelamente, y en consonancia, han surgido diversos intentos teóricos para dar cuenta de estos procesos, sin llegar, como es obvio en estos casos, a una unanimidad de pareceres y diagnósticos. El espectro de estos análisis abarca desde el temor de un “populismo autoritario” (Arenas y Gómez, 2006) hasta la apología de un luminoso “socialismo del siglo XXI” (Dietrich, 2002; 2005). En Bolivia, el régimen actual ha sido descrito como “una especie de autoritarismo basado en el consenso” (Patzí, 2004),¹ expresión que se halla bastante cerca de la prosaica realidad cotidiana. Muchos escritos enmarcados en corrientes postmodernistas y afines (como los estudios postcoloniales) resultan básicamente favorables a las nuevas formas de populismo.²

En este contexto es útil referirse muy brevemente a la diferencia entre populismo y neopopulismo (Hermes, Loaeza y Prud’homme, 2001; Moira MacKinnon, 1998). El populismo, que podemos llamar clásico –cuyo ejemplo paradigmático fue el régimen de Juan Domingo Perón en Argentina (1943-1955)–, logra desplazar a la “oligarquía” tradicional de las fuentes del poder político, fomenta la ascensión de nuevos sectores sociales, posee una fuerte voluntad de reformas, y se desarrolla junto a un sindicalismo vigoroso. En cambio, el neopopulismo favorece pactos, así sea encubiertamente, con los estratos privilegiados y exhibe una débil voluntad de reformas auténticas, pese a una retórica radical. En el neopopulismo el sindicalismo autónomo está constreñido a un rol subordinado. Partidos y movimientos neopopulistas postulan, en contraposición a las doctrinas marxistas convencionales, una alianza de clases sociales, un modelo mixto de economía y una ideología nacionalista; no un programa de la emancipación del género humano mediante la dictadura transitoria de la clase obrera. El neopopulismo ha surgido con fuerza en aquellos países donde ha florecido la debilidad institucional y donde se hizo importante la antipolítica, que es el rechazo desilusionado a todo lo que tenía que ver con los fenómenos políticos tradicionales. El neopopulismo agrega

120

¹ Patzı fue Ministro de Educación en el gobierno del presidente Evo Morales.

² Ejemplos de esta tendencia: Burchardt (2008), Aibar Gaete (2007) y Panizza (2005).

habitualmente una buena dosis de voluntarismo y *decisionismo*, todo ello dentro de la genuina tradición latinoamericana. Hay que indicar que la limitación de las competencias decisorias a una sola instancia o institución, como el presidente de la república, casi siempre ha sido percibida en América Latina como algo positivo, pues evita, en la opinión popular, la dispersión caótica en la toma de decisiones y auspicia la eliminación de las componendas y los arreglos bajo cuerda.

Los regímenes populistas del presente, como los existentes en Bolivia y Ecuador, exhiben rasgos de ambos modelos, lo que hace algo superflua esta distinción entre populismo y neopopulismo. En este texto se usará el concepto relativamente amplio de populismo para englobar ambos fenómenos, como es lo habitual en la ciencia política de estos países (De la Torre y Peruzzotti, 2008; Weyland, 2007; Quinteros, 2005). Y con respecto al ámbito geográfico, aquí se entenderá por área andina la región comprendida entre Ecuador y Bolivia, que es la zona nuclear de los Andes. Los países en cuestión comparten varios rasgos importantes, como la composición étnica –proporción relativamente elevada de indígenas provenientes de las culturas del antiguo imperio incaico–, la carencia de una modernización pronunciada –que es una de las características del Cono Sur–, además de similitudes geográficas, climáticas, ecológicas y una mentalidad marcada por elementos premodernos.

INTENTOS DE CARACTERIZACIÓN TEÓRICA

121

En una reseña muy informativa en torno a diversos enfoques teóricos, Carlos de la Torre caracterizó al populismo como una estrategia política para alcanzar el poder; sus líderes buscan el apoyo directo, no mediado por instituciones ni reglas, de un gran número de seguidores en principio desorganizados. Ideologías y programas juegan un papel secundario, por lo cual resulta difícil clasificar a los experimentos populistas dentro del espectro convencional de izquierdas y derechas. Los movimientos populistas son como pulsiones básicas, inherentes a todo ejercicio democrático: representarían la fase redentora frente a los periodos pragmático-administrativos del mismo. La etapa redentora abarcaría “la exaltación discursiva del pueblo” y el entusiasmo de gente habitualmente poco interesada en cuestiones público-políticas. En todo caso, las pulsiones populistas dejarían al descubierto las carencias, los silencios y los errores de la democracia liberal (De la Torre, 2008: 7-28). En un interesante ensayo Loris Zanatta demostró que los movimientos populistas presu-

ponen un orden más o menos democrático, donde la demanda de ampliar el espacio público-político y extender la ciudadanía política y social se convierte en plausible y luego en apremiante. En muchos casos, los movimientos populistas surgen como promesas de rescate de una soberanía popular presuntamente incautada por la élite tradicional. Lo común a los distintos populismos serían la inclinación antipluralista, la tendencia antielitista, el imaginario cuasi-religioso y la función integradora. Esta última se manifiesta en el intento de restablecer una armonía primigenia que dormita en el alma colectiva, amenazada por los efectos corrosivos y cosmopolitas de los procesos de modernización. El populismo constituiría una forma actualizada de un sentimiento esencialmente conservador y religioso, basado en una solidaridad mecánica, dirigido contra la sociedad abierta y plural del presente y contra los elementos distintivos del liberalismo (Zanatta, 2008: 29-44).

122 Alistair Hennessy calificó el populismo como el sistema organizativo para sincronizar grupos de intereses diferentes, con un liderazgo eminentemente carismático proveniente de la clase media desarraigada. Hennessy subrayó la naturaleza manipuladora de la dirigencia populista, pues la comunicación interna –en el interior de la organización y también en el seno de los grandes movimientos de masas– sería siempre unidireccional: del líder al pueblo. Dentro del partido los militantes tienen en realidad poco que decir. La mayoría de los adherentes del populismo estaría compuesta por aquellas personas expuestas directamente –en cuanto víctimas– a los grandes procesos de cambio acelerado –urbanización, modernización, globalización. Conformarían la *masa disponible*, proclive a ser manejada arbitrariamente por la jefatura partidaria (Hennessy, 1970: 39-80, especialmente 39-42). A partir de los partidos y movimientos populistas de los últimos sesenta años se puede decir que los adherentes de estos partidos y movimientos tienen en común su anhelo de reducir los privilegios de las clases altas tradicionales y ensanchar su propia base de derechos, pero articulan estas demandas por medio del aparato partidario y según las visiones, la ideología y los designios políticos de este último. El partido o movimiento adquiere el carácter de un hogar, en el cual todo tiene su lugar conocido y donde la jefatura adopta fácilmente un rol paternalista y ejerce una función pedagógica.

En un estudio importante, Peter Worsley analizó detenidamente la ideología populista y llegó a la conclusión de que ésta es ante todo antielitista y antiintelectual. Su comprensión no exige grandes esfuerzos teóricos a ningún simpatizante o militante. En el fondo se reduce a una visión dicotómica de

toda actividad política: patria/antipatria, amigos/enemigos, los de adentro contra los de afuera. No acepta la concepción marxista de la lucha de clases. El enfoque está destinado al hombre simple, al campesino pobre o al clásico *descamisado* peronista. Pese a la existencia de dilatados aparatos partidarios, los adherentes y militantes de base presuponen a menudo un nexo directo de la masa con el líder sin pasar por instancias institucionalizadas del partido o de la organización (Worsley, 1970: 258-304, especialmente 293-294). Los regímenes populistas implementan en general programas modestos de asistencia social, pero bien publicitados y mejor vendidos a la llamada opinión pública popular.

Otros autores han analizado la paradoja siguiente. La democratización incipiente que precede al populismo y el proceso de politización autónoma de las masas llevan a una diversidad de puntos de vista, a una pluralidad de intereses y, por ende, a una variedad de líneas políticas. Pero segmentos importantes de la población, que no son los favorecidos del proceso de modernización —o que creen ser sus víctimas—, perciben la pluralidad ideológica como algo incómodo y hasta amenazador. Todos los modelos populistas propugnan, en consecuencia, la homogeneidad como norma, la uniformidad político-partidario como meta, el organicismo antiliberal como factor estructurante. Es indudable que esta constelación favorece aspectos tradicional-autoritarios de la mentalidad popular, que tienden paulatinamente a endurecerse. El poder de las imágenes decretadas desde arriba, la fuerza hipnótica y carismática del líder, el alcance y la cobertura de los medios modernos de comunicación, la facilidad de manipular a masas intelectual y culturalmente mal formadas y el sentimiento de gratitud de estas mismas a un gobierno que les ha brindado algunas ventajas produce una amalgama poderosa, ante la cual la defensa de los derechos humanos, la libertad de expresión y el pluralismo ideológico emergen como fenómenos de segundo rango, como factores prescindibles de un orden ya caduco, como antiguallas liberales de una época pretérita superada ampliamente por la historia contemporánea.

123

EL POPULISMO EN EL MARCO DE LA CULTURA POLÍTICA TRADICIONAL

En la zona andina se puede observar un fenómeno recurrente, ya estudiado por las ciencias sociales: los avances en la educación de corte democrático y la ampliación de la vigencia de los derechos humanos suceden ahora paralela-

mente a un renacimiento de la aún vigorosa tradición cultural del autoritarismo de corrientes indigenistas y de movimientos populistas teñidos de una amalgama de nacionalismo y socialismo. Todos estos movimientos poseen rasgos externos de una gran visibilidad simbólica. Sus características “públicas” están concebidas para el consumo popular masivo y no siempre tienen una significación profunda y duradera. En Ecuador y Bolivia –y obviamente en Venezuela– la constelación actual es confusa a primera vista porque el movimiento populista tiene la reputación de encarnar la progresividad histórica y una auténtica modernización según las verdaderas necesidades del país respectivo. Al mismo tiempo, el populismo del presente fomenta de manera muy efectiva actitudes, valores y normas que denotan una propensión a lo antidemocrático, antiliberal, antipluralista, además de un talante anticosmopolita, provinciano y nacionalista. En Bolivia, la evidencia empírica (Seligson *et al.*, 2006; Moreno, 2008) ha mostrado la coexistencia de nuevas orientaciones democráticas junto con viejas normativas autoritarias: las mismas personas que apoyan la democracia persisten en practicar valores autoritarios, y viven así “entre dos mundos” (Lazarte, 2000: 110 y 115).

En la región andina, el Estado de derecho no ha adquirido una carta segura de ciudadanía; las actuaciones legales del Estado siguen sometidas en gran escala a consideraciones de oportunidad y a los vaivenes del poder político. Las deficiencias del Estado de derecho consolidan la cultura política tradicional, caracterizada por factores patrimoniales, paternalistas, centralistas y, sobre todo, autoritarios. De este modo, la comprobación empírica ha confirmado las intuiciones de historiadores, ensayistas y escritores acerca de un sustrato intolerante, autoritario, colectivista y centralista que obviamente no pertenece a la esencia de la identidad nacional –es dudoso que tal cosa metafísica realmente exista–, pero que influye desde larga data sobre el quehacer político de la nación.

Se puede argüir, evidentemente, que los procesos de modernización técnico-económica y de globalización cultural, en los cuales el área andina está inmersa desde hace décadas, han influido de modo positivo sobre el funcionamiento de la administración pública y sobre los estilos de hacer política, de manera que no podría sostenerse la tesis de la naturaleza premoderna de las prácticas sociopolíticas andinas. La realidad es más compleja. En las ciencias sociales se conoce bastante bien el fenómeno siguiente. Los cambios en la dimensión del comportamiento individual y colectivo son por naturaleza muy lentos, y no coinciden necesariamente con modificaciones en los terrenos de

la economía y la tecnología, por más profundas que sean estas últimas. Uno de los rasgos centrales de la historia andina consiste justamente en que la adopción del progreso tecnológico, la introducción de la economía de libre mercado, la utilización de los sistemas más avanzados de comunicaciones y la importación del armamento más sofisticado, pueden tener lugar en medio de la preservación de rutinas culturales que vienen de muy atrás y que mantienen su preeminencia en los campos de la política, el tratamiento efectivo de las leyes, la relación cotidiana del ciudadano con los poderes del Estado y la vida familiar e íntima (Walmann, 2006).³

El núcleo profundo de la ideología de los partidos populistas es, como ya se mencionó, una doctrina elemental para tomar y consolidar el poder político; todos los oropeles revolucionarios, indigenistas y nacionalistas representan un espectáculo, obviamente imprescindible, para ganar adherentes internos y para satisfacer las expectativas, a veces muy curiosas, de los donantes externos y de la opinión pública europea. No son ideologías programáticas en sentido estricto, que pudieran contribuir a inspirar y a moldear grandes procesos revolucionarios. En el caso boliviano, la identificación entre gobernantes y gobernados lleva al partido oficial –el Movimiento al Socialismo, MAS– a menospreciar todo instrumento y procedimiento para controlar y limitar el poder. Jorge Lazarte afirma que el poder es el “núcleo ordenador”, el “código profundo” de la retórica y la praxis de este partido y que, por lo tanto, la violencia, como “virtualidad inherente” a todo ejercicio de acción política, no es algo considerado como negativo o reprochable por los miembros del partido y por los votantes del mismo (Lazarte, 2009: 15 y 22). Restricciones institucionales y el uso del diálogo con los adversarios son percibidos, al igual que en la mayoría de las culturas autoritarias, como manifestaciones de debilidad o traición.

Notables movimientos de masas, como los actuales partidos populistas del área andina, postulan políticas públicas “justas” –para las mayorías siempre explotadas–, envueltas en un discurso moderno y convincente. Parecen, por ende, encarnar concepciones progresistas para reorganizar la sociedad respectiva y soluciones antielitistas a los problemas de desarrollo –la “refundación” del país respectivo, por ejemplo. Estos aparatos ideológicos reproducen, empero, prácticas consuetudinarias para manipular a las masas, reiteran programas y planes desautorizados por la historia y revigorizan rutinas irra-

³ Con un capítulo sobre Bolivia: pp. 197-216.

cionales adversas al Estado de derecho actual. La formación de las decisiones y voluntades políticas en el seno de los partidos gobernantes en Bolivia y Ecuador –aunque en Venezuela la constelación resulta ser muy similar– es verticalista en el sentido de que los de arriba conciben y ordenan y los de abajo obedecen y cumplen; en caso de existir opiniones divergentes, éstas se evaporan rápidamente ante la intervención concluyente de las instancias superiores. Las marchas, manifestaciones y bloqueos protagonizados por miles de adherentes de aquellos partidos, que acuden en grandes cantidades a los lugares de concentración, se llevan a cabo sólo si estos adherentes reciben la orden correspondiente, el aliciente financiero y la amenaza clara en caso de desobediencia; sin el modesto apoyo pecuniario las actividades masivas voluntarias serían mucho más reducidas. Es decir: las actividades masivas de los partidos populistas no son expresiones y decisiones espontáneas del “pueblo”, sino estrategias fríamente planificadas por las dirigencias de esos partidos, destinadas a conseguir objetivos que las masas generalmente ignoran.

La experiencia histórica nos señala que las preocupaciones prevaletentes de las jefaturas y los ideólogos populistas estuvieron y están centradas en el control y adoctrinamiento de los adherentes, en la conquista del poder político, en atribuir al Otro por excelencia –la oligarquía, los países “imperialistas”, los disidentes– la responsabilidad por todo lo negativo, en programas de asistencia social y, ocasionalmente, en ambiciosos intentos de modernización acelerada. Pero ninguno de ellos ha mostrado interés por difundir una educación política crítica, por analizar adecuadamente el pasado, los valores contemporáneos de orientación y las pautas normativas de comportamiento o por divulgar una cultura racional-moderna de la legalidad. El mismo Estado de derecho jamás formó parte de los designios populistas de ningún país. Estas cosas son consideradas como minucias sin importancia de la burguesía moribunda. Más bien: la tentación de formular promesas irrealistas, el vituperio radical de los adversarios, la práctica de la improvisación a todo nivel y la demagogia ininterrumpida representan las prácticas más usuales de los liderazgos populistas. En el fondo, es una tendencia a la *desinstitucionalización* de todas las actividades estatales y administrativas. Esta desinstitucionalización afianza paradójicamente el poder y el uso discrecional del aparato estatal por parte de la jefatura populista. Este acrecentamiento del poder de los arriba –con su correlato inexorable: la irresponsabilidad– sólo ha sido históricamente posible a causa de la ignorancia, la credulidad y la ingenuidad de los de abajo.

La combinación de una base autoritaria rutinaria con impulsos de la tradición socialista antidemocrática y antiliberal ha engendrado una “recuperación” de las tradiciones políticas autóctonas, colectivistas y antipluralistas, que ahora se expanden nuevamente en la región andina. Todo esto ha producido un crecimiento considerable del potencial electoral de los partidos populistas. El populismo nacionalista e indigenista, que en Bolivia y Ecuador ha desplegado sus alas en los últimos años criticando exitosamente la democracia representativa “occidental”, ha significado en el fondo un claro retroceso en la configuración de las estructuras partidarias internas, en el debate de argumentos ideológicos y en la construcción de gobiernos razonables, pues ha revitalizado una amplia gama de procedimientos paternalistas, clientelares y patrimonialistas, dotados además de un simulacro muy efectivo de participación democrática. El funcionamiento interno de los partidos gubernamentales en Bolivia y Ecuador –y también en Nicaragua y Venezuela– no se distingue, justamente, por sus virtudes democráticas, ni en la elección de los órganos superiores del partido por las instancias inferiores ni tampoco en la formulación programática que proviene, se supone que espontáneamente, de las filas de los militantes de base.

Bajo un ropaje revolucionario tenemos un retorno de viejas prácticas y doctrinas. Las perspectivas a largo plazo no son, por ende, promisorias. Y a ello contribuye el hecho de que los valores populistas permanecen enraizados profundamente en una larga tradición que proviene de la época colonial española, sobre todo en aquellos países que no han tenido procesos sostenidos de modernización. Muchos de los elementos político-institucionales heredados y mantenidos desde la Colonia –como el patrimonialismo, el nepotismo y el favoritismo– no coadyuvan a edificar una confianza pública en la igualdad ante la ley ni en la objetividad de cualquier actuación de la administración pública. Por ejemplo: desde hace siglos el grueso de la población identifica el puesto estatal con su detentador momentáneo. El caudillo político que puede distribuir cargos estatales es visto, en el fondo, como el propietario legítimo del aparato gubernamental. Esta situación se intensifica hoy bajo los regímenes populistas, como lo demuestra la política cotidiana del área andina. El funcionamiento diario del Estado deja de ser algo impersonal y se convierte en un embrollo de “relaciones” que puede ser influido exitosamente por intereses particulares, personas con buenos “contactos” y amigos del gobernante de turno. El Estado de derecho –que puede muy bien existir en el papel– no se difunde hacia abajo, no penetra en la mentalidad de las capas populares.

Los estudios favorables al populismo atribuyen una relevancia excesiva a los –modestos– intentos de los regímenes populistas de englobar a los explotados y discriminados, a las etnias indígenas y a los llamados movimientos sociales (Burchardt, 2007: *passim*). Estos enfoques auspician inclinaciones colectivistas, descuidan el potencial de autoritarismo inmerso en los sectores subalternos de la sociedad y en sus prácticas políticas consuetudinarias, dejan de lado las consecuencias globales de la problemática ecológico-demográfica, y no permiten vislumbrar una posición genuinamente crítica frente a los fenómenos de regresión que también entrañan todos los procesos de modernización.⁴

Los movimientos políticos de base étnica en la región andina son un claro testimonio de las tendencias autoritarias que, bajo ciertas condiciones, pueden ser utilizadas para endurecer una constelación populista en una autoritaria. De ahí hay un solo paso hacia la justificación, en la teoría y la praxis, de los sistemas populistas porque los líderes de éstos serían los portavoces de los sectores desprotegidos de la población respectiva. Notables estudios sobre los anhelos y las imágenes populares de las masas indígenas dejan deliberadamente de lado una dimensión persistente de las mismas: su potencial de autoritarismo, intolerancia y conservadurismo. Por lo general, los autores de estos estudios no se percatan de la dimensión del autoritarismo porque comparten los mismos valores de orientación inmersos en las masas populares. Para ellos los regímenes populistas practican formas más adecuadas de una democracia directa y participativa, formas que serían, por consiguiente, más adelantadas que la democracia representativa occidental, considerada hoy en día como obsoleta e insuficiente.

128

LOS CÓDIGOS PARALELOS

En el área andina se puede observar la existencia paralela de dos sistemas de orientación: los códigos informales –de naturaleza oral–, por un lado, y los códigos formales –transmitidos como estatutos escritos–, por el otro. A simple vista, los primeros tienen un carácter gelatinoso, cambiante e irracional,

⁴ El más conocido estudio sobre el populismo de la actualidad es la ambiciosa obra de Ernesto Laclau (2008), *La razón populista*, libro de difícil digestión, que combina un marxismo diluido por el psicoanálisis de Jacques Lacan con enfoques postmodernistas y temas de la lingüística estructuralista. Como contrapeso véase la obra clásica, que no perdió vigencia, de Gino Germani (2003), *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*.

mientras que los últimos poseen una estructura lógica y pueden ser enseñados e interpretados de manera homogénea, sistemática y permanente.

Los códigos informales no se aprenden mediante libros, cursos y universidades, sino en la práctica de cada día. Ésta es su gran ventaja: tienen una vigencia prerracional, obvia y sobreentendida; no requieren de teorías y explicaciones para ser aceptados; finalmente, su validez está por encima o más allá de los ejercicios de la lógica discursiva. Los códigos informales viven en el silencio y la sombra, pero son seguidos por una gran parte de la población con un acatamiento sumiso y hasta con obediencia afectuosa. Las diversas formas de populismo florecen con la preservación e intensificación de los sistemas normativos informales. “Violar la ley nunca es tan grave como desobedecer las órdenes del jefe”, afirma una descripción del populismo sandinista nicaragüense (Pérez-Baltodano, 2009: 4-13).

Los códigos formales son respetados sólo en público, es decir, cuando hay que suponer una extensa audiencia mixta, dentro de la cual pueden hallarse personalidades y autoridades ya modernizadas que no tolerarían una apología de los códigos premodernos. Por ello los códigos formales escritos son celebrados con cierta solemnidad –y sin ironía– en toda ocasión pública –o académica– y están presentes en infinidad de leyes escritas, pero su vigencia es limitada y circunstancial.

Ahora bien: esta dualidad normativa –la vigencia de códigos paralelos– se complica hoy en día en el área andina debido a un proceso acelerado de urbanización y modernización que conlleva más problemas que soluciones, y que genera demandas, esperanzas e ilusiones que no pueden ser satisfechas. La complejidad de las nuevas estructuras sociales y la variedad resultante de normativas de orientación han producido prolongados fenómenos de anomia, desestructuración e inseguridad. La mencionada existencia de dos órdenes legales simultáneos conduce a largo plazo a la erosión de la confianza social en las normas de convivencia, a la debilitación de la confianza del ciudadano en el Estado y la administración pública y al ensanchamiento –o, por lo menos, la perpetuación– del poder fáctico de los estratos ya privilegiados, puesto que éstos dominan las aptitudes hermenéuticas para “manejar” los códigos paralelos adecuadamente y en el momento preciso.

La experiencia histórica nos lleva a sostener que una cultura de la ambigüedad legal, como es la practicada aún hoy en el área andina, favorece a largo plazo el infantilismo político. La falta de reglas claras y la omnipotencia de la dirigencia hacen aparecer como superfluos los esfuerzos propios de los

ciudadanos en pro de una politización autónoma. Las masas son manipuladas o, en el mejor de los casos, guiadas por el gobierno o el caudillo hacia su propio bien –definido unilateralmente desde arriba–, pero no son inducidas a conseguirlo mediante un proceso propio de aprendizaje y error, conocimiento y crítica.

LA DECEPCIÓN CULTURAL

La falta de un mejoramiento sustancial del nivel de vida de las clases subalternas –o la creencia de que la situación es así–, el carácter imparable de la corrupción en la esfera político-institucional en las décadas anteriores y la ineficiencia técnica en el ejercicio de funciones públicas, han sido los factores generadores de un sentimiento mayoritario de *desilusión* con respecto a la democracia representativa y sus pactos entre partidos políticos. Un factor esencial para el florecimiento del populismo debe ser visto en este desencanto colectivo producido por los modelos llamados neoliberales en América Latina y, especialmente, en Bolivia y Ecuador. En estos países, las élites asociadas al neoliberalismo y a la economía de libre mercado han tenido un historial particularmente mediocre en el campo de la ética social y en el desempeño técnico de las funciones gubernamentales. El descalabro del sistema tradicional de partidos tuvo lugar paralelamente al desprestigio de las modernas élites tecnocráticas. No se trata sólo de una mala gestión económica de los regímenes liberal-democráticos, sino de una decepción cultural muy amplia, percibida como tal por la mayoría de la población. Y esto es lo preocupante.

130

Uno de los problemas poco estudiados por los enfoques convencionales de las ciencias sociales, pero de importancia esencial, es el de la *calidad intelectual y ética* de los grupos dirigentes que fueron los encargados de implementar las reformas modernizadoras, introducir la economía de libre mercado, consolidar las democracias, y asumir los gobiernos respectivos –en Bolivia: de agosto de 1985 a enero de 2006. Se puede afirmar que la gestión deficitaria de los partidos asociados al neoliberalismo no fue el único factor que desencadenó la desilusión colectiva. La presión demográfica, las demandas de las nuevas generaciones y de los grupos que pugnaban por reconocimiento, trabajo y bienestar, el resurgimiento de las identidades indígenas y la lucha por recursos naturales cada vez más escasos, han promovido efectivamente una decepción casi ilimitada con respecto a lo alcanzado y a lo alcanzable en los terrenos social, económico y político. No se trata, en el fondo, de una aprecia-

ción objetiva de parte de las masas –los resultados del neoliberalismo no fueron tan negativos en ninguno de los países mencionados–, sino de cómo el desarrollo histórico es percibido por amplios sectores sociales. Y esta percepción colectiva es muy desfavorable al conjunto político-ideológico que hoy se denomina neoliberalismo. No hay duda de que las corrientes populistas han desplegado un notable virtuosismo al conformar y manipular las imágenes públicas ahora predominantes en torno a los logros y fracasos del neoliberalismo. Al perfilarse paulatinamente estos problemas en el horizonte político, las élites tradicionales no pudieron esbozar una solución adecuada ni tampoco un imaginario colectivo más o menos favorable a sus intereses. Frente a este vacío de opciones dentro del espectro convencional de partidos, una buena parte de la población ha sido seducida por el discurso del populismo con ribetes socialistas e indigenistas.

Finalmente, se puede aseverar lo siguiente. Hay varias causas para explicar el retorno del populismo autoritario en la región andina de América Latina y, con él, la consolidación de la antigua cultura política contraria a la institucionalidad y al respeto irrestricto de normas y leyes. Una de las causas reside en la baja institucionalización de los partidos políticos y en la pervivencia de una cultura premoderna de la legalidad. Históricamente hay que mencionar el hecho de que la confianza colectiva en los partidos políticos se ha ido debilitando de modo paulatino, sobre todo a partir del año 2000. A los partidos les faltan raíces culturales y prácticas duraderas; los actores sociopolíticos carecen de continuidad e institucionalidad; los líderes contemporáneos no disponen de confiabilidad ni de un buen nivel intelectual. Aunque los partidos políticos son percibidos como indispensables para el ejercicio de la democracia, sus configuraciones actuales no gozan del favor público. Como ya se mencionó, todo esto predispone a un populismo carismático, que habitualmente va de la mano de un renacimiento de la persistente cultura política del autoritarismo.

131

CONCLUSIONES PROVISORIAS

Esta constelación cada día más compleja de factores negativos o, por lo menos, preocupantes, florece en medio de una pugna poco a poco más virulenta por los recursos naturales, pugna que es alimentada y complicada por el renacimiento de conflictos étnicos. Por lo general, se trata de una mixtura de anomia social con expectativas de consumo masivo, lo que intensifica el peligro de entropía social que siempre estuvo presente y que puede ser descrito de for-

ma breve como sigue. En la sociedad andina actual podemos percibir algo así como una disipación continua de la energía, una desintegración de las instituciones que garantizan el orden, una descomposición creciente de normativas estructurantes y tendencias autodestructivas –por ejemplo, el incremento de la criminalidad cotidiana, por un lado, y la destrucción incesante del medio ambiente, por el otro. Este fenómeno de entropía social no sólo se manifiesta en el aumento espectacular de la inseguridad ciudadana, sino también en la declinación de las competencias punitivas del Estado –salvo, claro está, en cuestiones claramente políticas, donde el Estado usa su capacidad punitiva sin escrúpulos– y en la incapacidad estatal de generar confianza ciudadana en las normas legales y en los órganos que las administran. Esta constelación, intensificada por regímenes populistas, puede desembocar en soluciones claramente autoritarias. Nos queda el consuelo, expresado por Marc Saint-Upéry, de que el populismo de la región constituiría un “autoritarismo anárquico y desorganizado”, cuyo resultado puede ser calificado como una desinstitucionalización inmensa, pero no como la supresión violenta de las libertades democráticas (Saint-Upéry, 2008: *passim*).⁵

132

No hay duda, por otra parte, de las carencias de la democracia representativa pluralista. Una gran parte de las masas del área andina no se ha sentido representada por ella. Pero los proyectos alternativos de una democracia participativa, directa y comunitaria no han logrado generar modelos sólidos, prácticos y convincentes, que puedan competir con la democracia representativa. Esto es válido precisamente después de los procesos constituyentes en Bolivia y Ecuador, donde los nuevos textos constitucionales no coadyuvan a edificar una democracia operativa, creíble y acorde a los tiempos actuales. El discurso de la democracia directa y participativa de las nuevas constituciones es un esfuerzo que permanece en la esfera de la teoría y, más a menudo, en el campo de la especulación, a lo que contribuye su estilo vehemente y dramático. Pero hay que decirlo claramente: las doctrinas de la democracia directa, por más gelatinoso que sea el contenido, articulan una esperanza, una nostalgia de las masas, que la democracia liberal y pluralista no ha sabido o no ha podido satisfacer.

En Bolivia y Ecuador –como en Venezuela y Nicaragua– el populismo tiende a consolidarse en un régimen que no es ni socialista ni capitalista, para

⁵ Se trata de un enfoque teórico muy matizado que trata de hacer justicia a los regímenes populistas de izquierda en América Latina.

usar términos sencillos. Los medios de producción más importantes –los recursos llamados “estratégicos”– retornan a manos del Estado, lo cual no se debe a una planificación patriótica de largo aliento, sino a la necesidad de la clase política dominante de corte burocrático –la llamada clase estatal– de disponer fácilmente de rentas y puestos laborales para repartir entre sus allegados y clientes. El criterio decisivo para conocer al estrato gobernante en sociedades centralizadas y autoritarias no es la propiedad jurídica de los medios de producción, sino el acceso al poder estatal, es decir, el dominio sobre el aparato burocrático, independientemente de una tendencia capitalista o socialista del régimen en cuestión. No hay duda de que actualmente esta privilegiada “clase estatal” debe someterse a pruebas constantes de legitimidad, como elecciones generales periódicas, pero las tradiciones históricas, la ingenuidad de la población y el manejo adecuado de los medios modernos de comunicación le permiten el disfrute del poder sin muchos contrapesos. Esto incluye habitualmente la facultad de distribuir el excedente económico –como lo denominan los marxistas–, el goce del prestigio público y el control en el autorreclutamiento de sí misma –casi siempre mediante cooptación. Como casi todos los estratos dominantes, esta clase política desarrolla paulatinamente inclinaciones conservadoras y un talante autoritario que se manifiestan, por ejemplo, en el culto exorbitante a los gobernantes, la expansión del secreto de Estado y la propensión a controlar celosamente las actividades ciudadanas. Las sociedades andinas parecen repetir cíclicamente periodos breves de democracia efectiva y épocas largas de autoritarismo caudillista.

133

Las normativas autoritarias provenientes del pasado andino son las que entorpecen el surgimiento de una sociedad más abierta, tolerante y pluralista, el afianzamiento de una cultura razonable de la legalidad y el Estado de derecho. Como resumen se puede afirmar lo siguiente: en el área andina los experimentos populistas han podido desarrollarse vigorosamente porque han nacido en un contexto donde las tradiciones político-culturales no son históricamente favorables a un comportamiento democrático duradero, donde existen códigos paralelos de orientación normativa, donde prevalece una amplia desilusión por los resultados de la incipiente modernización, donde se resquebrajan los valores de orientación “tradicionales” –como la religiosidad generalmente aceptada– sin hallar normativas que los reemplacen en la misma magnitud y calidad, finalmente, donde la gente del ámbito cultural y, en particular, los intelectuales se dejan seducir por ideologías que propugnan un cambio fundamental en los asuntos públicos y que, al mismo tiempo, no atri-

buyen gran relevancia a los derechos humanos, a las libertades públicas y a una cultura razonable de la legalidad. 🐦

BIBLIOGRAFÍA

- Aibar Gaete, Julio (Comp.) (2007), *Vox populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*, México: FLACSO.
- Arenas, Nelly y Luis Gómez Calcaño (2006), *Populismo autoritario: Venezuela 1999-2005*, Caracas: CENDES.
- Burchardt, Hans-Jürgen (2007), *Tiempos de cambio ¿repensar América Latina*, El Salvador: Fundación Böll.
- _____ (2008), “Desigualdad y democracia”, en *Nueva Sociedad*, núm. 215, mayo-junio, Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert.
- Castillo, Nelson Antonio (2006), *Venezuela en el siglo XXI: visiones de futuro*, Caracas: CENDES.
- De la Torre, Carlos (2008), *¿Por qué los populismos latinoamericanos se niegan a desaparecer?*, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 19, núm. 2, julio-diciembre, Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv.
- De la Torre, Carlos y Enrique Peruzzotti (Comps.) (2008), *El retorno del pueblo. El populismo y las nuevas democracias en América Latina*, Quito: FLACSO.
- Dieterich, Heinz (2002), *El socialismo del siglo XXI y la democracia participativa*, México: Ediciones de Paradigmas y Utopías.
- _____ (2005), *Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI*, Caracas: Instituto Municipal de Publicaciones de la Alcaldía de Caracas.
- Germani, Gino (2003), *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, Buenos Aires: Temas.
- Hennessy, Alistair (1970), “América Latina”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (Comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Hermes, Guy, Soledad Loaeza y Jean-François Prud’homme (comps.) (2001), *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, México: El Colegio de México.
- Laclau, Ernesto (2008), *La razón populista*, Buenos Aires: FCE.
- Lazarte, Jorge (2000), *Entre dos mundos. La cultura política y democrática en Bolivia*, La Paz: Plural.
- _____ (2009), *Crisis y percepciones en la crisis. Actores y estrategias. Mutaciones de la política, percepciones de actores 2006-2008*, La Paz: s. e.
- MacKinnon, María Moira y Mario Alberto Petrone (Comps.) (1998), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*, Buenos Aires: EUDEBA.
- Moreno Morales, Daniel E. (Comp.) (2008), *Cultura política de la democracia en Bolivia 2008. El impacto de la gobernabilidad*, Cochabamba: Ciudadanía - LAPOP - Vanderbilt University.
- Panizza, Francisco (Comp.) (2005), *Populism and the mirror of democracy*, Londres: Verso.
- Patzí, Félix (2004), *Sistema comunal. Una propuesta alternativa al sistema liberal. Una discusión para salir de la colonialidad y del liberalismo*, La Paz: Comunidad de Estudios Alternativos.
- Pérez-Baltodano, Andrés (2009), “El regreso del sandinismo al poder y la cristalización del «Estadomara»”, en *Nueva Sociedad*, núm. 219, enero-febrero, México: Fundación Friedrich Ebert.
- Quinteros, Rafael (2005), *El mito del populismo*, Quito: Abya Yala.
- Saint-Upéry, Marc (2008), *El sueño de Bolívar. El desafío de las izquierdas sudamericanas*, Barcelona: Paidós-Ibérica.
- Seligson, Mitchell A. et al. (2006), *Auditoría de la democracia. Informe Bolivia 2006*, Cochabamba: Ciudadanía - LAPOP - Vanderbilt University.

- Waldmann, Peter (2006), *El Estado anómico. Derecho, seguridad pública y vida cotidiana en América Latina*, Madrid: Iberoamericana – Vervuert.
- Weyland, Kart *et al.* (2007), *Releer los populismos*, Quito: CAAP.
- Worsley, Peter (1970), “El concepto de populismo”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (Comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Zanatta, Loris (2008), “El populismo, entre religión y política. Sobre las raíces históricas del antiliberalismo en América Latina”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 19, núm. 2, julio-diciembre, Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv.